

**RUMBO A LAS
7 ISLAS**
Joseph A. Pujante

ÍNDICE

Prólogo

Introducción

En la Tierra del Helecho Plateado: las antípodas
El monte Cook, techo de Nueva Zelanda
Australia, isla y continente
Dick Bass y Frank Wells
Walkabout en Ayers Rock
AliceSprings
Madagascar
Antananarivo
Mangindrano
Maro-mokotro
Tsaratanana
Nosy Be
Toamasina e isla Mauricio
La Orden Olímpica del COI
Un veterano montañero: Juan Pablo II
Nueva Guinea
Timika y el mar de Arafura .
Dugundugu, glaciares en Oceanía
La Pirámide de Carstensz
El ocaso de los caníbales de la Edad de Piedra
Sumatra
Kerinci
De Singapur a Borneo
Kinabalu
Groenlandia Kaalallit Nunaat
El enigmático Gunnbjorns Fjeld
La acrópolis invisible del Ártico
Islandia y el retorno a la realidad .
Tierra de Baffin .
Monte Odin
Fujiyama
Avión

Calendario de ascensiones

Epílogo

Post Scriptum

Agradecimientos

PRÓLOGO

Alberto Vázquez-Figueroa

Conocí a J. A. Pujante un día de San Jordi, hace ya muchos años, en el que coincidimos firmando libros y recuerdo que andaba con muletas.

Ahora, al leer Rumbo a las Siete Islas no me sorprende; a mi modo de ver lo sorprendente es que no tenga que andar con muletas todos y cada uno de los días de su vida.

Y es que asombran la cantidad de peripecias en las que se mete por simple amor a la aventura, y por si fuera poco es capaz de narrarlas de una forma fluida y absorbente con la naturalidad con la que otros hablan de las monadas de su gato.

Modestamente siempre me consideré un hombre de acción amante de meterse en líos pero al concluir este trepidante relato he llegado a la conclusión de que tan solo fui que un simple aficionado que en muy raras ocasiones supo enfrentarse a la muerte con la sencillez y tranquilidad con que Pujante la ha encarado en cientos de ocasiones. Con ese espíritu no resulta extraño que José Antonio sea presidente del Club de Exploración y Aventura de España, desde su fundación en 1997, elegido en Santa Cruz de Tenerife, donde seguimos viéndonos de vez en cuando en las galas anuales, rodeados de grandes viajeros.

Nunca me gustó enfrentarme a una montaña por la sencilla razón de que cuando fracasas frente a ella no tienes a quien echarle la culpa.

La montaña está allí, maciza, alta, eterna e impertérrita, y su imponente aspecto te está advirtiendo del grave peligro que corres al tratar de coronar su cima. Por lo tanto quien decide atacarla sabe de antemano a quien se enfrenta sin más ayuda que un pico, cuerdas, mosquetones y un infinito coraje.

Si fracasa es «su fracaso» y nunca la victoria de un rival más astuto, más hábil, más experimentado o más trámoso, que suelen ser los argumentos que a la mayoría de los mortales nos gusta esgrimir a la hora de aceptar la derrota.

A mi modo de ver las montañas se parecen a las pelotas de golf ya que éstas se quedan muy quietas esperando a ver lo que haces, y cuando fallas el golpe se limitan a descojonarse de risa por tu ineptitud. No corren, no saltan, no esquivan, no vienen lanzadas con malvada intención; simplemente permanecen inmóviles confiando en que seas tan inepto como para pasártelas rozando o enviarlas al charco.

Quiero suponer que con las altas cumbres ocurre lo mismo; eres tú quien comete los errores y te vas al charco.

Y yo soy de ese tipo de personas que cometan demasiados errores, aunque me precio de ser capaz de enmendarlos.

En mi tipo de vida eso es factible.

Lo malo es que en el tipo de vida de José Antonio Pujante, no lo es.

Cuando cometes un error en la alta montaña suele ser el último.

Madrid, 19 de Diciembre de 2007

INTRODUCCIÓN

Cuando el doctor Pujante me propuso que escribiese la introducción de su próximo libro sobre las Siete Islas, me sentí halagado y al mismo tiempo comprometido. En obras anteriores han sido ilustres personalidades como el Molt Honorable Jordi Pujol, Juan Antonio Samaranch, marqués de Samaranch, sir Edmund Hillary, Kurt Diemberger, el doctor Zurita o Miguel de la Quadra Salcedo, los que me han precedido en esta distinción. En consecuencia, esta oportunidad es para mí, un gran honor y al mismo tiempo la ocasión para intentar hermanar esos dos mundos, esas dos grandes pasiones, con las que tanto disfruto; la empresa y la montaña.

Durante gran parte de mi vida, las únicas aventuras de las que, de alguna forma pude disfrutar, fueron aquellas que me llegaron gracias a la revista National Geographic, por la inolvidable serie de televisión, dirigida con excelencia por nuestro añorado Félix Rodríguez de la Fuente, El hombre y la tierra, y cómo no, por los siempre emocionantes relatos de nuestro montañero más popular, Cesar Pérez de Tudela, barón de Cotopaxi.

En 1995, en el IESE, conocí al compañero al que el destino me uniría mas tarde en cordada, mi buen amigo y padrino de afición, el doctor José Antonio Pujante. Sin ese casual encuentro, es más que probable que jamás se hubiese despertado en mí el interés por las montañas. En ellas descubrí, siendo ésta una de las razones por las que me cautivó esta vocación, que los compañeros formamos siempre una cordada única, obrando siempre conscientes de la importancia que significa el trabajo en equipo. Alentándonos los unos a los otros cuando el desánimo hace presencia, confortándonos y recordándonos que la única razón que nos lleva a la montaña no es otra que nuestra pasión por ella y nuestro espíritu emprendedor, admitiendo que la renuncia individual es el bastión principal del éxito colectivo, principio que en la empresa es también un factor de imprescindible cumplimiento.

Los preliminares de una «gran aventura» son habitualmente una larga, ardua y compleja labor. Desde los proemios de cada proyecto hasta la partida hacia su destino, pueden pasar meses, incluso años. La elección del objetivo, la búsqueda

de financiación, la designación del equipo —pilar de toda aventura—, la promoción de la actividad, la administración de los recursos, el cuidado de la imagen y su posterior difusión, son gestiones que poco difieren de las que se realizan cotidianamente en una empresa. Ninguno de los entresijos de una expedición, como si de una empresa se tratase, puede ser desatendido, no podemos olvidar que la montaña y la climatología, símiles de los imponderables empresariales, pondrán constantemente a prueba nuestra preparación técnica, física y humana, así como nuestra capacidad organizativa.

Para el desconocedor de esta afición, nuestros anhelos sean quizás tan sólo una conducta irresponsable por la asunción de riesgos fútiles. Tal vez se fijen únicamente en el despropósito de un objetivo inútil a conseguir, una marca absurda que superar, pero si es legítimo propósito en la vida pretender alcanzar aquellas cosas que más se deseán, el montañero es afortunado, ya que en las expediciones, consecuencia y culminación de una forma de entender y escoger vivir la vida, intervienen distintos valores como la iniciativa, el sacrificio, la tenacidad, el valor, la prudencia y la tolerancia entre otros, principios que tanto me hacen recordar aquellos preceptos tan inculcados por mi padre.

El doctor Pujante, mediante el relato de sus vivencias en este libro, no sólo contribuye a la difusión de una actividad, sino también al propósito de fomentar el espíritu explorador, la inquietud por ampliar el conocimiento sobre lo cotidiano y el descubrimiento de la propia identidad cultural y espiritual. No quiero olvidar en estas líneas a los muchos, quizás demasiados, compañeros que por esta pasión han perdido la vida, aunque me reconforta pensar que tal vez no nos han dejado, que tan sólo se han adelantado, en un alarde de desbordante compañerismo, en la que sin duda será la mayor de las aventuras, y estén esperando al otro extremo de la cuerda, guiando y asegurando nuestros pasos hacia la meta final de todo ser humano.

¿Y adónde lleva todo esto? Es posible, que tal y como exponía Lionel Terray, compañero de Herzog y Lachenal en el Annapurna de 1.950, tan sólo seamos «conquistadores de lo inútil», o quizás, como el propio doctor Pujante formula en uno de sus libros, tal vez cada uno de nosotros, solamente vaya en busca de su particular séptimo cielo. Para mí el viaje continuará mientras el cuerpo y la mente lo puedan sobrellevar, ya que guardo un excelente recuerdo de todas las montañas en las que he estado y por supuesto de todos los compañeros con los que he disfrutado de esta gran afición, compartiendo en ocasiones la alegría o decepción de lo que nos deparaban sus cimas; el miedo a lo imprevisto y a veces el dolor de lo irreparable, pero por encima de todo, prevalece el hecho de que hemos compartido el placer de subir montañas.

JOAQUÍN M. MOLINS GIL
Presidente de la Fundación
Exploración, Etnología y Cultura
Molí de l'Anglés, noviembre de 2007

WALKABOUT EN AYERS ROCK

Una vez en Sidney, fuimos a rescatar nuestros petates con el resto de equipaje que habíamos traído de Nueva Zelanda y que no usamos en el Kosciusko. Pagamos y pudimos recuperar los bultos de los armarios de la consigna. Abrimos las bolsas y las mochilas, y reordenamos los contenidos allí mismo, en los bancos del vestíbulo.

Salimos a la calle bulliciosa y anduvimos con la intención de encontrar un taxi furgoneta que nos llevara al aeropuerto, pues habíamos decidido sobre la marcha aprovechar los pocos días que nos quedaban para ir a Alice Springs, en el Red Center de Australia. Mientras caminábamos indolentemente, cargados hasta los topes, le dije a Jake:

—Si te parece, será mejor que guardemos todos los carretes de diapositivas en uno de los petates, con candado, pues ahí están todas las imágenes de la ascensión al Kosciusko y las del viaje por Nueva Zelanda.

—Vale —dijo tranquilamente.

—¿Están en la mochila negra pequeñita? —inquirí.

—Sí. ¡Ostras! —exclamó súbitamente mi amigo.

—¿Qué pasa? ¿No los llevabas en la mochila?

—¡Sí!, pero me he dejado la mochila en las sillas de la consigna.

—¡¿Qué?! —soltó incrédulo Emili.

—¡A correr! —gritó Agustí, pragmático.

Y dejando los bultos allí mismo Jake y Agustí salieron de estampida en dirección a la terminal de autobuses de Sidney, un lugar por el que transitan centenares de personas y donde una apetitosa mochila de marca repleta de misterio se convertía en una presa codiciada.

Civis y yo vigilamos todo el equipaje con la vista puesta en la esquina por la que habían doblado como una exhalación nuestros compañeros. Los minutos se hacían interminables. No eran necesarias las palabras. Manteníamos un elocuente silencio. Por fin, tras una tensa espera, vimos aparecer con paso relajado y semblante feliz al dúo, mientras Jake mostraba con la mano en alto la mochila, el trofeo de la buena suerte. Cuando estuvimos juntos respiramos aliviados y además pudimos conseguir un taxi grande. En el camino hacia el aeropuerto Jake nos confesó que en la mochila, además de los treinta y tantos carretes fotográficos, estaban el pasaporte, la cartera con todas las tarjetas de crédito y todo el fondo común en dólares, *cash*, de la expedición. Lo comprobó y, milagrosamente, no faltaba nada. Empezábamos a creer que Australia era tierra de prodigios y nosotros un hatajo de fenómenos.

En el aeropuerto adquirimos pasajes para Melbourne, al suroeste de la gran isla, frente a cuyas costas está la isla de Tasmania, para volar después a Adelaida y finalmente a Alice Springs, en el centro de Australia, aunque está encuadrada en la parte meridional de los Territorios del Norte. Cuando el avión alzó el vuelo, gozamos con la contemplación desde el aire de la bahía de Sidney, el Harbour Bridge, el entrañable puente, la inconfundible Opera House y divisamos la popular Bondi Beach, la más famosa playa de surf, junto a la de Bronte. No tardamos en sobrevolar las Blue Mountains, que adquieren su tonalidad a causa de la evaporación del aceite de los eucaliptos, pues son estribaciones de la Gran Cordillera Divisoria, que al oeste de Sidney marca el inicio del *Outback*.

Cuando llegamos a Alice Springs fuimos en busca de un alojamiento económico para instalarnos y poder cenar algo. No se estaba nada mal. Pudimos degustar carne de canguro y unos buenos filetes de cocodrilo a la barbacoa, *barbie*, como dicen en la jerga australiana, acompañados de buenas cervezas Foster's, del país. Así como a los neozelandeses se les denomina familiarmente *kiwis*, los australianos gustan de reconocerse como *aussies*, que se pronuncia «osis», con ese silbante, de manera que lo pueden verbalizar así y la grafía se limita a OZ, letras que pronunciadas en inglés suenan exactamente como *aussie*, en singular, pero resumido y reducido a la mínima expresión.

El día siguiente lo pasamos vagabundeando por Alice Springs y sus alrededores. Vimos más de un ejemplar de serpientes venenosas en los jardines de las casas, y presenciamos cómo los habitantes, con gran pericia, las cazaban vivas o las mataban antes de que se escondieran, tras persecuciones espectaculares. Había que andar con ojo y fijarse bien dónde se ponían los pies por los campos yermos y resecos que circundaban Alice Springs, plagados de eucaliptos. En una tienda de ropa compramos camisas y pantalones y calcetines de colores terrosos, beige y caqui, ideales para el tipo de viajes a zonas de desierto, selvas y marchas de aproximación que realizamos en nuestras expediciones. Eran baratísimos y las telas resistentes, de una calidad a prueba de las más duras condiciones, como años después tuvimos ocasión de comprobar en Madagascar, Sumatra, Borneo, la isla de Baffin, el Ártico, el K-2, el Dhaulagiri, el Ruwenzori, en Uganda, en Namibia, Zimbabue, Zambia, Mozambique, Botsuana, Ruanda, Burundi, Camerún, Guinea, Sierra Leona, Mozambique, Suazilandia, Suráfrica, Camboya, Vietnam, Filipinas, América Central desde Guatemala a Panamá, y un larguísimo recorrido por países de todas las latitudes, siempre con los atuendos comprados en aquella humilde tienda de Alice Springs, alfombrada por la arena rojiza del desierto. Esa vieja indumentaria, que conservo, en algunos casos raída hasta lo impresentable, en estado francamente lamentable, forma parte de una vida dedicada a viajar por el mundo, y esos casi harapos han sido compañeros de aventuras que se han empapado en las selvas de África, durante días bajo la lluvia torrencial, y se han secado con los vientos cálidos de la India o el Sahara, siempre pegados a mi piel. Paños leales e íntimos que nunca me han fallado y me han protegido siempre, a los que debo, pese a que sean materia inerte, una sincera gratitud. Hemos vivido juntos muchas vicisitudes, y ellos y el viejo sombrero de ala que heredé de mi padre cuando murió son los mudos testigos de infinidad de días pasados lejos del hogar,

en los más remotos confines del Amazonas, de los Andes o del Himalaya. Plasmados en miles de fotografías, forman parte de mi azarosa existencia, compartiendo momentos de soledad, perdido en el desierto de Mauritania, a la deriva sobre un cayuco en un río entre manglares, o refugiado en una choza de pastores de yacs en el Tíbet, merecen este sencillo tributo literario. No es fetichismo ni superstición; igual que los dos o tres colgantes que en torno a mi cuello simbolizan vivencias irrepetibles, se integran, se funden en mi propia idiosincrasia de peregrino, de vagabundo.

La noche del segundo día volamos hacia Ayers Rock, a unos 400 kilómetros al oeste de Alice Springs, donde cenamos nuevamente cocodrilo a la brasa y nos alojamos en un sencillo apartamento. De madrugada, tal como tenía previsto, aunque me asaltaban las dudas, me puse en marcha para llegar a la roca ritual sin medios de locomoción; me había propuesto experimentar mientras fuera posible la sensación de soledad y de inmensidad que transmiten las enormes extensiones que rodean la gran roca roja, Uluru en la lengua aborigen. Mi *walkabout* particular. No quería saber nada de vehículos ni de turistas en masa, al menos hasta donde de mí dependiera. El *walkabout* es la marcha iniciática que emprenden los aborígenes hacia el misterioso e impenetrable Outback del Down Under de Australia, donde contactan con sus antepasados, comunicándose entre ellos a cientos de kilómetros de distancia, sin sonidos, por telepatía, repitiendo mentalmente unos mantras como los budistas, pero en silencio, enviando esas letanías legadas por transmisión oral de generación en generación a través del éter; fenómeno casi paranormal que se conoce como «los trazos de la canción», que les permite orientarse en la inmensidad gracias a la ayuda de los espíritus de sus ancestros, sin necesidad de mapas ni de *cairns* de señalización, como usan — incluso — los esquimales en Baffin.

Mis compañeros me despidieron con gruñidos, ronquidos y alguna palabra ininteligible. Salí al exterior y hacía frío. Me abrigué y emprendí el camino que debía tomar, no había duda, siempre al oeste, a lo largo de unos 20 o 22 kilómetros. Las estrellas saturaban el cielo negro, cuajándolo de destellos como un muestrario de diamantes sobre terciopelo azabache. A medida que me alejaba de las escasas luces de Ayers, una verdadera mancha imperceptible en medio de aquel océano de la nada, empecé a arrepentirme de mi estúpida iniciativa. El viento era francamente frío, traía arenilla fina que se metía en los ojos y por todas las costuras; los *dingos*, perros salvajes, ladraban a lo lejos y algún coyote aullaba en cualquier punto de aquella interminable llanura oscura como boca de lobo. ¿Dónde me había metido? Cierto que llevaba un machete al cinto por si tenía que defenderme de algún peligro, pero si me atacaba un *dingo* poco podría hacer contra sus afilados dientes y su fiereza. No cesaba de oír aullidos y ladridos furiosos que el viento arrastraba, y me resultaba imposible determinar su origen. Desconcertado, opté por no pensar demasiado en riesgos fútiles, inconcretos, y no sufrir por miedos atávicos que no daban opción a la racionalidad. Seguía oyendo ladridos que una especie de eco me

devolvía y miraba al suelo por si me topaba con alguna de las decenas de especies de serpientes venenosas que adornan el paisaje de aquella zona de Australia.

Entre mirar a derecha e izquierda, y de vez en cuando atrás, y ocasionalmente al suelo por si las culebras, parecía un novato en el oficio de moverse por lugares poco recomendables, y nada me molestaba tanto como sentirme así, con la de años viajando por escenarios mucho más comprometidos. ¿Sería que me estaba haciendo viejo? ¿O que en aquel terreno, a campo abierto, no sabía de dónde podía surgir el peligro? Sin duda fue más delicado estar frente a los gorilas, a un metro y medio de un macho dominante, en plena jungla de Ruanda, que en aquel remoto jardín nocturno australiano. Ahí radicaba parte del misterio. La explicación era sencilla. El ser humano, envuelto en el negro manto de la noche, se siente más indefenso, pues no se percata de cuanto le rodea, y como la vida urbana ha ido mermando los sentidos y el instinto se ha ido atrofiando por falta de uso, le cuesta detectar la presencia de alimañas en las inmediaciones, aunque generalmente un sexto sentido hace que se erice el vello y se sientan escalofríos en caso de estar en peligro. El ancestral miedo a lo desconocido. Por eso, y conociendo los atavismos, preferí avanzar sin usar la linterna que llevaba en la mochila, ya que prefería que los ojos se adaptaran a la oscuridad de manera natural dilatando las pupilas, para ver mejor, sin recurrir a luz artificial, que no favorece la adaptación. El oído y el olfato también tenían un papel importante, y los que hemos ido desarrollando esos instrumentos de supervivencia con los que la naturaleza ha dotado a la especie procuramos usarlos siempre, para ejercitárlas. Pero ni aun así lograba tranquilizarme del todo.

Afortunadamente, la propia dinámica del universo vino en mi ayuda, y la noche comenzó a retirarse, insinuándose por levante una tímida pincelada gris perla, que aumentaba la sensación de frío y desdibujaba los luceros que pronto fueron borrados del cielo, cuando éste se iluminó paulatinamente virando del malva al naranja. Definitivamente, el amanecer me permitió ver frente a mí la majestuosa silueta de la rocamontaña, cambiando de color y de tonalidades, hasta adoptar matices insospechados. Extraje la cámara de fotos y durante unos minutos sólo tuve ojos para aquel soberbio espectáculo de la naturaleza. Uluru y yo, sin más testigos. La anhelada soledad frente a las maravillas de la creación. El hombre ante el reino mineral. Espíritu y materia. Incluso me olvidé de escuchar los aullidos y los ladridos acuciantes, que se habían disuelto en el éter. La luz disipa los temores de las tinieblas, y aquella claridad fue el gran conjuro. La roca iluminó mi alma.

Uluru iba trocando su color, de naranja a rojizo, en algunas partes rosado casi blanco y en otras negro intenso. Me planté en la base y fotografié sus flancos espectaculares, los contrafuertes rojizos que parecían sostener aquel ciclópeo templo pétreo. Oí un ruido y me giré instintivamente. Un vehículo se acercaba levantando una polvareda ocre. Llegaban los primeros visitantes. Una mueca inevitable de indisimulado malestar se debió de dibujar en mi rostro, aunque no fue percibida por los recién llegados. Me calé el sombrero, asiéndolo por sus alas, como para querer aislarlo del entorno, pues sentía que alguien venía a invadir un paraje al que yo había llegado por mis propios medios. Es una estupidez, pero uno considera subjetivamente más suyo que de otros el lugar al que ha llegado primero,

antes de que hubiera nadie, y ha establecido una especie de relación de complicidad con el paisaje. Suele suceder. Cuando alguien está solo en la playa y luego llegan otros hablando a gritos, o turbando la paz y el silencio reinantes, se interpreta como un sacrilegio; también se percibe como intrusos a los que llegan a una cumbre o a un idílico claro de un bosque cuando antes han llegado otros que gozan de la tranquilidad de la naturaleza pura. Es humano. Les saludé con desdén pero sin perder la cortesía. Bajaron del coche, excitados, con cámaras fotográficas y de vídeo, dejaron la puerta abierta y la música estridente escapaba desde el interior del vehículo hasta irrumpir en el santuario aborigen. No tardó en llegar otro coche, luego dos más, y aún otro. A bordo de éste venían mis tres amigos, que habían desayunado confortablemente, mientras yo me resistía a confesarles mis terrores nocturnos, vagando en medio de aquel árido páramo de miles de kilómetros cuadrados, en medio de los cuales emerge, como una isla perdida o como un colorado iceberg a la deriva, el gran monolito, la mítica roca mística.

Fui hacia ellos y les conté las delicias de mi peregrinación nocturna y las sensaciones tan intensas, tan espirituales de caminar bajo la Cruz del Sur y una pléyade de constelaciones que convertían el cielo en una luminaria. También les insinué lo expuesto de la caminata en plena noche y lo inquietante de los aullidos lejanos que parecían estar mucho más cerca. Viendo que aquel sitio se podía llenar de gente, optamos por escalar hasta la cumbre, para gozar del incomparable paisaje que adivinábamos se contemplaría desde arriba, y dejamos para después el ritual de recorrer el perímetro de la roca, de unos nueve kilómetros, viéndola desde todos los puntos cardinales.

La roca misteriosa, que como los montes Olga —que se yerguen a unos 30 kilómetros— es el más imponente de los denominados *montes isla*, uno de los restos supervivientes de la más remota prehistoria, pues no se ha alzado a causa de movimientos geotectónicos, como los plegamientos cataclísmicos que han formado la mayoría de montañas, ni por origen volcánico, sino que son enormes conglomerados rocosos que han permanecido desde la noche de los tiempos mientras a su alrededor la erosión rebajaba el horizonte y homogeneizaba el paisaje, dando lugar a las extensas y desoladas llanuras australianas que albergaban esas curiosas excepciones. Ese monte isla, Uluru, tiene una altura de 870 metros, y la distancia de la base a la cima presentaba un desnivel de 350 metros, que podía salvarse en algo menos de una hora. Tenía forma alargada, que nos recordaba la de un barco varado en la arena, si bien su longitud máxima eran tres interminables kilómetros. Pero estaba lejos de cualquier mar: a dos mil kilómetros del océano Índico, y a dos mil quinientos de la costa del Pacífico. En realidad estaba lejos de todo.

Los primeros doscientos metros de ascensión eran bastante aéreos, se ganaba altura rápidamente gracias a la fuerte inclinación de la pendiente. La suela de goma de las botas se adhería bien y subíamos a buen ritmo, sin apenas usar las manos. Agustí y yo íbamos delante, Jacky un poco rezagado y Emili prefirió quedarse tomando fotografías desde abajo, argumentando, juiciosamente, que aquello era un «monte de vacas». Al cabo de un rato, habíamos perdido de vista a Jake y bajamos un poco. Se había acercado al precipicio, que ya empezaba a

impresionar y había optado por agarrarse a una cadena de seguridad que ofrecía unas ciertas garantías en caso de un resbalón desafortunado. Los coches estacionados en la base de Uluru se veían bastante pequeños desde aquella improvisada atalaya. En esa trepada aparentemente inofensiva habían muerto ya veintinueve personas, y numerosas placas con los nombres honraban su memoria. Jake no veía claro el siguiente paso al finalizar la cadena e intuía las pendientes de más arriba con algún tramo casi vertical, de manera que optó por quedarse allí un rato y luego descender para reunirse con Civis.

Agustí y yo nos encontrábamos en plena forma. Después de los trechos más escarpados, llegaron unas zonas abruptas pero relativamente fáciles, donde dimos algunos saltos cerca del vacío, experimentando esa sensación de paseo vertiginoso a la que estamos acostumbrados los escaladores. Por fin llegamos a lo más alto. No había nadie. Por fin un rincón de Australia en que no debíamos compartir espacio con otras personas. Soplaba un viento espantoso, pero agradablemente cálido. Nos hicimos mutuamente fotos de recuerdo y contemplamos extasiados un paisaje espectacular. Desierto rojo hasta donde la vista alcanzaba, ilimitado, inabarcable, lo más parecido al infinito al que parecía llegar para unirse al cielo en el horizonte. Unos treinta kilómetros al suroeste se divisaban los montes Olga, conocidos en lengua aborigen como KataTjuta. El resto, en un radio de ciento cincuenta kilómetros en derredor, era todo liso y se apreciaba nítidamente debido a la pureza del aire, de una gran transparencia, que confería una visibilidad extraordinaria en cualquier dirección en los 360 grados.

Había, por cierto, un monolito en el punto culminante, sobre el que se había fijado una tabla hexagonal de bronce que contenía una rosa de los vientos, con los puntos cardinales y algunos datos como referencias para la orientación. Fue un verdadero privilegio contemplar el Red Center de Australia desde aquel mirador incomparable. Habíamos subido en media hora y queríamos saborear el momento. Recuerdo que el viento era tan violento y sostenido que, si en la cumbre me colocaba mirando a barlovento y me dejaba caer hacia delante, la propia fuerza del vendaval me aguantaba en una inclinación bastante alejada de la verticalidad. Agustí tomó unas fotografías magníficas de esa escena sorprendente, en la que parecía flotar en la ingavidez, inclinado y sin caerme, con un precioso cielo azul de zafiro como telón de fondo, sin una nube, suspendido en el éter. Luciendo, para más señas, la camisa y el pantalón que había comprado por un puñado de dólares en Alice Springs y que tantas expediciones compartirían conmigo en el futuro. Cuando miro esas fotos vienen a mi mente aquellos instantes mágicos, en que tenía que sujetar firmemente el sombrero para que no saliera despedido hacia el precipicio de 350 metros, y el aire me traía el perfume tibio de los eucaliptos gigantes que en algún confín de aquel desierto brotaban como por encantamiento y me transportaban a un Nirvana indescriptible.

Era tiempo de bajar. El descenso fue rápido y sin anécdotas dignas de mención. Nos reunimos con nuestros dos amigos y sin demora emprendimos a pie el rodeo a Uluru, empezando por el oeste y hacia el norte, en el sentido de las agujas del reloj. Por la parte de atrás, en lugar de semejar la gran mole compacta que se veía llegando desde el poblado, estaba llena de grutas, cavidades y surcos

esculpidos por el agua de lluvia a fuerza de siglos de erosionar la roca en su imparable deslizarse por esos canales naturales que se convertían en caudalosas cascadas. Tomamos unas cuantas fotos magníficas enfatizando el contraste entre el rojo de la roca, que recibía los rayos de sol absorbiendo su rubor y el lapislázuli de la bóveda celeste. ¡Qué aspecto distinto presentaba en comparación con el farallón monolítico de la cara opuesta!

En algunas oquedades había algunas inscripciones con caracteres rojizos y ocres que representaban figuras y símbolos probablemente sagrados relativos a ceremoniales de las tribus aborígenes, que resultaban incomprensibles para nosotros. Pinturas rupestres y grabados que reflejaban la complejidad de esa cultura milenaria, que sabía transmitirse las tradiciones y los pensamientos de una manera fascinante, como recordaba de mis lecturas de *Los trazos de la canción*, de Bruce Chatwin y de *Las voces del desierto*, de Marlo Morgan. A la sombra de un reseco eucalipto encontramos a cuatro miembros de una familia aborigen, aunque ellos se definían en su lengua como *anangu*, que estaban preparando un ágape ritual. Nos ofrecieron gentilmente parte de su pitanza y no dudamos en ingerir aquellas hormigas secas y otros insectos igualmente crujientes depositados sobre una hoja verde, y luego unas larvas blancas, unos pequeños gusanos babosos que repugnaban un poco más, pero que igualmente degustamos, con el convencimiento de que si era bueno para ellos, que llevaban tantos siglos sobreviviendo, no podía ser nocivo para nosotros.

Como muestra de gratitud les dimos de beber agua de nuestras cantimploras y con gestos amistosos nos despedimos de aquel grupo que simbolizaba la larga trayectoria recorrida por la humanidad, desde la aparición de sus primeros pobladores. Eran vestigios de una época remota, testimonios vivos de la historia del ser humano en permanente evolución.

Mientras nos acercábamos al punto donde habíamos iniciado la ascensión a Uluru, donde estaban los vehículos, contemplábamos las paredes increíbles del mítico monte-isla. Observamos con detalle cómo desde el suelo horizontal se elevaba súbitamente configurando aquella forma de flan, de tarta inmensa que le confería su silueta característica, casi plana por arriba, flanqueada por muros verticales. Increíble Uluru, que habíamos escalado desafiando la ley de la gravedad, sintiendo el vacío bajo nuestros pies y que ahora adoptaba un nuevo tono, casi verdoso, al no recibir la iluminación solar directa, y volvía a ser cambiante.

Íbamos a despedirnos de Uluru, la montaña sagrada morada de divinidades, y de sus misterios y leyendas. La gran montaña-isla fue avistada en 1873 por un explorador inglés de la Royal Geographical Society, William Christie Gosse, quien llegó desde el sur y tuvo el privilegio de ser el primer occidental en ver en lontananza la inmensa mole de Uluru. Quiso otorgar la debida solemnidad a tan magno descubrimiento y recurrió a una arraigada costumbre de la época: le dio a la gran roca, a su hallazgo geográfico, el nombre de su propio jefe, sir Henry Ayers, de manera que la topografía se reescribía marginando la denominación ancestral por la que la conocían los nativos. De todos modos, aunque desde la perspectiva de la geología el origen de Ayers Rock o Uluru queda claro, no está de más dejar volar la

imaginación y evocar las leyendas fantasiosas tejidas desde hace milenios en un intento purificador y confortador de buscar explicaciones a la creación intuyendo cosmogonías y otorgando a los dioses el poder de haber traído la roca desde el espacio exterior.

En el poblado, nos dispusimos a preparar el equipaje y dejarlo todo listo para la cena, con la intención de acostarnos pronto y madrugar al día siguiente para viajar a Alice Springs. Si esta ciudad ya estaba lejos de cualquier parte, era fácil constatar que estábamos lejos incluso de lo más lejano. Antes de la aviación, desplazarse por vía terrestre se antojaba una aventura delirante, de distancias galácticas, sin más paisaje que la soledad del árido desierto. Australia es enorme y escapa a las proporciones topográficas a que estamos habituados en Europa, en América y en buena parte de Asia.

Recordaba haber leído en alguna parte que hasta el siglo XVI no empezaron los navegantes europeos a aventurarse por los procelosos mares de las islas indonesias. En 1606, Luis Vaez de Torres, portugués al servicio de la Corona española, cruzó por el brazo de mar que posteriormente llevaría su nombre, y que separa Nueva Guinea de Australia. Pero hasta el siglo XVII no llegaron los marinos holandeses, los primeros en recalcar en aquellas costas, y después los comerciantes no vieron posibilidades de prosperidad.

No obstante, la verdadera exploración, metódica y profunda, cartografiando el territorio y contactando con los indígenas con claro interés de explotar las riquezas y de establecer bases coloniales, llegaría con los británicos. El 23 de agosto de 1770, el célebre capitán Cook tomó posesión de gran parte de la costa oriental de Australia en nombre del rey Jorge III de Inglaterra, y le impuso el nombre de Nueva Gales del Sur. En sucesivos viajes los ingleses transportaron dotaciones de militares y reclusos deportados; ése fue el origen de la población anglosajona que empezaba a habitar la nueva tierra austral recientemente descubierta, la isla-continento, brutalmente lejos de Gran Bretaña.